vuelven y saludan con la mano, alegres y risueños, repitiendo:

—¡Adios, adios, Roma!

Y por allá abajo, desciende por las laberínticas y tortuosas escaleras, con el ruido de los pasos, el rumor de la alegría y del contento.

CURAS Y FRAILES

UMEROSISIMAS copias de cierto himno guerrero redactado en francés, destinado sin duda á ser cantado por los zuavos para animarse al combate, se encontraron en los cuarteles pontificios.

Tiene muchos puntos de semejanza con *La Marsellesa*. El *ritornello* empieza: *¡Alzaos, católicos!* Sigue una estrofa análoga á la de *La Marsellesa*: *Entendez vous dans ces campagnes*, con la diferencia que se ha sustituido á los *féroces soldats*, *les barbares*. (!)

Tiene un verso luego que dice:—*Vendrán á quitarnos* (debe ser un verbo más fuerte que éste, pero no lo recuerdo) *nuestras iglesias*, *nuestros curas*..... *No, no; no nos los tocarán!* (?)

De la letra se desprende que debía servir de arma para ciertas gentes cándidas aquello de que los italianos iban á robarles las iglesias y á matarles á sus curas y á suprimir la religion! Así el gobierno papal aprovechaba este recurso para mantener vivo el fanatismo de los soldados, inspirando al pueblo romano horror hácia el gobierno de Italia, y arrancando, en fin, de este modo indirecto las simpatías que pudiera

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

gozar áun entre los más fervientes católicos, el gobierno nacional y la unidad de la patria.

Semejante hecho explica sobradamente la abstencion de una parte del pueblo romano, tanto en la capital cuanto en la provincia, en las demostraciones de entusiasmo.

En Monterotondo, por ejemplo, charlando yo con un ciudadano de los más conocidos, y hasta tenido por liberal, le pregunté si estaba contento del nuevo órden de cosas.

—Por mí, estoy contentísimo, respondió, y lo decía sinceramente: todo vá bien, no se podría desear nada mejor; y añadió bajando la voz:—Y han respetado las iglesias, no se han metido con los curas; afortunadamente, sigue habiendo misas, funciones religiosas, vísperas, en fin, todo como antes.

—¡Hombre! Pues es curioso. ¿Creía Vd. que íbamos á quitar su oficio á los curas?

—¿Yo? ¡Ni por soñacion!

Y era mentira: lo creía, y con él Dios sabe cuántos. Pero ahora ya están desengañados y seguros, y me parece que casi no son menos *italianos* que el resto.

No recuerdo en qué pueblo salió una mujer al paso del ejército, dirigiéndose presurosa al primer oficial que tropezó, y le dijo con tono suplicante:

—Señor, es una buena persona nuestro cura, se lo aseguro, es un caballero, no le disgusta tampoco que vengan los soldados del rey. ¡No le hagan Vds. daño, dígaselo á los soldados, que tengan compasion!....

Aquella buena mujer creía firmemente que el propósito del ejército y casi la órden recibida era divertirse con los curas ó como decía don Abbondio en *I Promessi Sposi* de Manzoni, *far la festa* á los curas. Y ahora, ¡lamentemos, mortales, de que aquella mujer no haya colgado sus balcones y puesto la bandera tricolor al paso del ejército italiano! ¿Con qué razon nos lamentaríamos?

Pasaban los seminaristas por una calle de Nepi, poco después de desfilar los soldados. Un hombre del pueblo me dijo señalándolos y guiñando un ojo en tono burlesco.

—Ahora para aquellos... ya se concluyó... y seguía mirándome el imbécil.

—¿Y por qué se les acabó? pregunté.

—¡Toma! ¿A la altura en que estamos?

—Pues sí, á esta altura, ¿por qué?

—¿A esta altura?

—¿Qué altura ni qué ocho cuartos? Los seminarios y los seminaristas proseguirán: tambien los teníamos *por allá*, y los tendremos siempre.

El pobre diablo hizo un signo de sorpresa y repuso:

—¿En Italia? Pero de veras teneis tambien seminarios y seminaristas en Italia?

—¡De veras!

—¿Y pasean por las calles?

—Pues sí que pasean.

—¿Y nadie se mete con ellos?

—¡Quién se ha de meter, hombre de Dios!

Había para perder la paciencia; casi me repugnaba tanta ignorancia.

En cierta remota calle de Roma, despues de la entrada del ejército, se vió un viejecillo, que á juzgar por su rostro, experimentara tal miedo por los cañonazos, que casi sin duda le hicieron perder la razon. Al miedo de los estampidos habíase sustituido el miedo de las demostraciones. Se pararon al lado algunos jóvenes con banderas. Y faltándole tiempo para huir se detuvo creyendo que debía echarla de *italiano* para salvar la pelleja. Empezó por esforzarse para sonreir, y luego recogiendo todo su valor y todas sus fuerzas, exclamó con una voz que apesar de todo no pasó de moribunda.

—¡Malditos sean los curas!

Las tunanterías hechas por vileza son más repulsivas que las verificadas adrede.

Uno de los jóvenes del grupo leyó en el semblante del viejo, y le increpó con ánimo severo de la siguiente manera:

—Para echarla de italiano no hay necesidad de vomitar insolencias contra los curas, ¿sabe V?

El infeliz quedó atónito.

—No se necesita para nada, para nada, repitió el jóven, alejándose y mirándole de hito en hito.

El pobre *italiano*, al cual no le había salido la cuenta, no profirió palabra.

Tambien él había tomado por lo serio sin duda alguna el "*vendrán á robarnos*" de los zuavos.

Un pastelero, al aparecer los soldados se apresuraba á borrar el letrero de ciertas bombas para iluminacion sobre las cuales estaba escrito *V. V. Pio IX.* Un oficial lo sorprendió en la operacion y le dijo:

—Deje eso tal como está.

—Pero si yo...

—Déjelo, déjelo, le digo.

—Si yo no soy partidario del Papa, yo soy partidario de los señores.

—Para ser de los nuestros no hay necesidad de renegar del Papa.

—Pero estos trastos...

—Esos letreros podrán servirle todavía, quizá dentro de poco, porque las cosas se arreglarán....

—Dice V. bien.

—Y V. hacía mal.

Por lo demás, los curas demostraban que no tenían el miedo que infundían en los demás. Mientras en las calles de los pueblos la buena gente pobre temblaba por la vida de los mismos, ellos desde las ventanas asistían tranquilos al paso de los regimientos y muchos no se desdeñaban en honrar con un cortés saludo á los oficiales de á caballo.

Solo un fraile manifestó tener miedo á los soldados cerca de Civita.

Venía montado en un borriquillo en direccion contraria á la que llevaba un batallon de cazadores, pálido y tembloroso, y al igualarse con los primeros soldados se paró y juntando las manos quedóse en actitud de pedir gracia reclamando la compasion.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Vaya, no se apure; déjese de pedir lo que no necesitamos dar; siga su camino y vaya con Dios, le dijo un cabo.

Otros le pidieron noticias del Santo Padre. Alguno le ofreció pan. Cuando se convenció de que nadie intentaba ni áun burlarse de él; se volvió loco de alegría.

Tampoco faltaron curas que recibieron á los soldados con regocijo. En Baccano un cura y un fraile vieron desfilar seis batallones de cazadores á la puerta del convento, tranquilos y risueños que daba gusto verlos. Los soldados al pasar, ora uno, ora otros, les decían algo.

—Vamos á Roma, reverendo.

—Dios os acompañe, contestaban.

—¿Has oido? Es de los nuestros.

—¿Es de los nuestros, con efecto, el padre?

El cura se llevó una mano al corazon.

—¡Viva, viva! gritaron entonces casi todos los soldados desde las filas.

El sacerdote y el fraile saludaron dando gracias.

No he oido jamás, ni nadie puede afirmar lo haya oido, que un soldado dirigiera palabras inconvenientes á ningun clérigo. Bromas, sí; pero corteses y siempre dispensables, dada la jovialidad de la tropa.

Si el periódico *La Unidad Católica* repusiera todavía que es una falta de urbanidad dirigir la palabra á quien no se conoce, se le podría contestar que nadie obligaba á los curas á asomarse á las ventanas ó las puertas cuando pasaban los regimientos. Si estaban allí era prueba evidente que se divertían, ó por lo menos que no les disgustaba el espectáculo; no sé hasta qué punto habrían presenciado ese desfile si se hubiese tratado de los zuavos pontificios.

En los dos primeros dias de la entrada en Roma no se vieron curas ni frailes, ó por lo menos, muy contado números de unos y otros. Pero no se puede decir que se escondieron por temor, porque ¿qué razon existía para temer de nuestros soldados en la capital lo que no se temía en la provincia? Se encerraron sin duda para no tomar parte, ni áun en el concepto de espectadores, en las manifestaciones populares. Y, sin embargo, repito que algunos se vieron desde el primer dia y pasaron entre las banderas y los gritos tan seguros como si se hallaran en casa propia, y sin que ni siquiera se los mirase. Y eso que las calles de Roma, segun escribió Don Margotti, estaban llenas de *facinerosos*, de *tigres que ansiaban beber sangre*, y de *mujeres de mala vida*, gente toda, como decía el huésped milanés de la *Luna llena*, latina de boca y latina de manos.

La mañana siguiente al dia 20, viniendo de la parte del campo Vaccino hácia el Capitolio, la primera cosa que ví en lo alto de una de las grandes escaleras que dan á la plaza, fué un grupo de cazadores y de frailes que charlaban fraternalmente sentados en los escalones.

Los cazadores comían; dos ó tres frailes daban

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

vuelta entre las manos á una escudilla mirándola por todas partes; otros remiraban un pan de municion; otros observaban con mucha curiosidad los sombreros con plumero de cazador. ¡Si hubiese habido un fotógrafo, qué bonito cuadro! Parecían antiguos amigos. A un cazador que bajaba le pregunté:

—¿Qué dicen los frailes?

—Cá, si son más italianos que nosotros, me contestó riéndose.

Por la noche se vieron muchos en las calles. Los había de todos colores: blancos, negros, grises, cacao. Algunos iban acompañados de soldados. La gente los miraba y reía.

Con efecto, era una mezcolanza tan nueva y extraña que se creía un sueño. Y de qué modo iban juntos: ¡como si fuese la cosa mas natural del mundo, y hubiesen vivido siempre reunidos: y, hablaban de política!

Pasando por ciertas calles poco céntricas veían los soldados aparecer y desaparecer túnicas monacales, y abrirse y cerrarse puertas precipitadamente. Por ciertas ventanas asomaban caras de reverendos, que adoptaban el aire de mirar al cielo como para consultar el tiempo, y al oir gritos ó músicas lejanas volvían á cerrar los cristales ó las maderas. Otros aparecían de prisa por una puertecilla, se detenían un instante como las luciérnagas, para espiar alrededor, y luego deslizándose á lo largo del muro se perdían en la oscuridad.

Por ciertas calles desiertas y tranquilas se escuchaban misteriosos crugidos de telas, semejantes á los que se oyen de noche por los ámbitos de las iglesias y de las sacristías.

Algun sacerdote atrevesando de prisa la calle del Corso y divisando un uniforme nuevo se echaba á un lado para mirar sin ser visto y ver qué clase de bestia era el uniformado. Ví dos que curioseaban desde lejos una pareja de carabineros parada, en traje de gala. Los miraron de piés á cabeza desde la cabeza hasta los piés, y despues se consultaron entre sí con ademanes y gestos equivalentes á esta interrogacion:

—¿Qué son esos?

Ciertamente que la curiosidad les aguijoneaba; pero jamás miraban frente á frente. Pasaban al lado de la tropa mirando al descuido y como dirigiendo la vista por bajo del ala de los sombreros, con el rabo del ojo, ó por entre los dedos de la mano, ó arreglándose la muceta y con este motivo disculpando su acechar á derecha é izquierda.

Y francamente, de fijo que allá para sus adentros han exclamado:

—¡Qué diferencia tan grande entre estos, y aquellos zuavos!

El que cara á cara hubiese contemplado el semblante de los dos cardenales, cuyos nombres no recuerdo, que pasaron en carruaje ante los cazadores cerca del Castillo de Sant'Angelo, poco despues de haberse comunicado la órden á la tropa, de hacerles los honores como á príncipes de la sangre; quién hu-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

biese visto la sonrisa que salió á sus labios, cuando se vieron presentar las armas; la mirada benigna y gentil, que pasearon sobre nuestros soldados; el acto de dar gracias con que acompañaron la mirada; la serena y tranquila dignidad, con la cual se volvieron á arrellanar en sus asientos despues de la accion de saludar; quien los hubiese visto, repito, habría jurado que una sonrisa como aquella, una mirada igual á aquella mirada, y un acto semejante á aquel acto, jamás lo dedicaron aquellos dos cardenales á *sus bien amados campeones*.

Y cardenales, clérigos, frailes, si alguno de entre ellos creyó en lo que creían las pobres mujeres de Civita y de Nepi, y lo que temían muchos romanos católicos, temores fundados en lo que acaso oyeran desde el púlpito, ó de boca de los sacerdotes en la conversacion, sin duda que dejaron de creerlo de una manera solemne é irrevocable.

Habían oido decir que los soldados italianos eran bárbaros, y no los han visto que toquen á un sólo cabello de un reverendo; que eran impíos, y los han visto precipitarse en las iglesias y besar el pié á los santos; que eran vándalos, y los han visto pagar todo en moneda contante y sonante, regalando generosamente á los frailes; que eran licenciosos é insolentes y han escuchado de labios del pueblo:

—¡Qué raza de soldados es esta que no dicen nada á las mujeres!...

Quiérase ó no se quiera, la verdad es que todo un edificio de mentiras, se ha derrumbado para siempre;

podrán recogerse los escombros, pero aquel edificio no se volvera á fabricar más.

¡Cuántas conversiones políticas llevaron á cabo nuestros soldados!

En cuanto á los curas y á los frailes, habría querido leer en sus corazones la noche del 20 de Setiembre. Si es cierto que la maravillosa manifestacion de Roma, superior á toda prevision y á toda esperanza, ha podido, mejor que conmover, rehacer y desvanecer en la córte pontificia los más fieros y obstinados enemigos de Italia, ¿qué no habrá podido en el ánimo de muchos en los cuales la conviccion era débil y la enemistad determinada solamente por el interés?

Aquellas pocas *fibras italianas* que el conde de Cavour, no queria creer muertas ni aun en el corazon del Papa, deben haberse sacudido la noche del 20 de Setiembre.

Los gritos y los cantos del pueblo habrán resonado sin duda alguna en las silenciosas celdas de los monasterios, como una advertencia, como un consejo y como un reproche.

Muchos acaso hayan envidiado aquella alegría, desde lo más profundo del alma; tal vez han llorado su condicion que les reducía á no poderla gozar; algunos tal vez al prestar oido á lejanas músicas, experimentaron ternura y amargura juntamente, recordando tener una patria y reconociendo que la amaban; quién sabe si pronunciaron en secreto su nombre, invocándola, y pidiendo á Dios con since-

ras lágrimas que inspire en el espíritu del Pontífice la conveniencia de reconciliarse con ella, reconocerla, bendecirla, cambiando con una sola palabra generosa, la insensata guerra que en medio de tantos placeres y tantas alegrías, los condenaba á la soledad y al abandono como renegados ó extranjeros!!!

LAS TERMAS DE CARACALLA

CARACALLA!.. Vamos á las termas.

—Vamos; se puede pasar cerca del Circo Máximo.

—Y atravesar el Campo Scellerato.

—Y ver el arco de Jano.

—Y la Cloaca Máxima.

¡Nada ménos que todo eso! Supongamos que se trata de dos amigos que han entablado el anterior diálogo, y decidme si no hay para hincharse y ponerse á hablar latin áun á riesgo de hacer temblar de desden gramatical el sacro suelo y las venerandas ruinas.

Para ir á las termas de Caracalla se pasa al lado de todos aquellos monumentos, pero aprisa y sin reparar siquiera, puesto que tanto se nos había hablado de las termas que por el pronto se nos quitó toda otra curiosidad y todo otro pensamiento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA